

LA FAMILIA COMO ÁMBITO DE CUIDADOS: EL CASO ESPAÑOL EN EL CONTEXTO EUROPEO OCCIDENTAL

Carolina Montoro

1. La familia es importante

Decir que la familia es importante se ha convertido en un cliché y, sin embargo, es una gran verdad. La World Values Survey¹, una macro-encuesta mundial, nos permite acercarnos al sentir de las personas. En la última oleada cuya información está disponible, la correspondiente a 2010-2014, participaron un total de 61 países. En esta oleada, la familia es considerada “muy importante” por un 91,9% de los entrevistados, claramente más valorada que los demás ítems considerados: trabajo (63,7%), religión (50,3%), amistad (46,8%), tiempo libre (36,7%) y, política (15%). Cabe también señalar que estos resultados —tanto en nivel de los porcentajes como en el posicionamiento entre los distintos elementos considerados— corroboran los ya encontrados en oleadas anteriores, por ejemplo, la de 2005-2008², que se aplicó en 57 países.

De esta información se deduce que la familia es el tema cultural más relevante en las sociedades contemporáneas, ya que es la institución mejor considerada sean cuales sean los rasgos específicos de las familias del país donde se plantea esta cuestión o las características que definan al país. La familia es muy valorada en países con todo tipo de sistema político —democrático, en transición o autoritario—, de situación de desarrollo económico y, de tradición histórico-religiosa —sociedades latinas, anglosajonas, musulmanas, africanas u orientales—. En otras palabras, la importancia de la familia se define como un hecho social (Pliego Carrasco, 2014: 11-12).

La familia recibe una valoración tan alta porque se le reconoce como la institución clave para el desarrollo de la vida de las personas. En ella prevalecen los factores esenciales de la vida familiar, el cimiento de toda relación interpersonal: el amor, el cuidado, la comprensión, la gratuidad y la confianza mutua; es también donde la persona aprende a reconocerse a sí misma, y la vida se desarrolla con normalidad, cotidianeidad y plenitud (Yepes, 1996: 138). Podemos ilustrar esta idea de confianza en la familia con los resultados obtenidos en la World Values Survey en un ítem que indaga en esta cuestión. La tabla 1 presenta los datos de España y algunos países del entorno europeos occidental.

Abundando en el caso español, la reciente investigación “La familia, recurso de la sociedad” coincide en señalar que para los españoles la familia es el entorno en donde más se disfruta de una relación de confianza; y, además, esto es así independientemente del sexo, edad, región geográfica de residencia, nivel de religiosidad o adscripción política de la persona entrevistada (López y Ordóñez, 2013).

¹ WORLD VALUES SURVEY Wave 6 2010-2014 OFFICIAL AGGREGATE v.20150418. World Values Survey Association (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/JDS, Madrid SPAIN.

² WORLD VALUES SURVEY Wave 5 2005-2008 OFFICIAL AGGREGATE v.20140429. World Values Survey Association (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/JDS, Madrid SPAIN.

Tabla 1.
Población que confía “plenamente” en su familia
(*versus* población que confía “bastante”, “no mucho” y “nada” (en %)

Alemania	Francia	España	Italia	Suecia	Reino Unido
75,9%	80,3%	93,6%	86,9%	88,8%	85,9%

*Muestras seleccionadas*³: Alemania 2014, Francia 2006, España 2011, Italia 2005, Suecia 2011, Reino Unido 2005

Fuente: World Values Survey Wave 6: 2010-2014, World Values Survey Wave 5: 2005-2009

2. ¿Cabe hablar de diferentes sistemas familiares?

Como hemos visto, sociedades muy diferentes coinciden en que se tiene en gran estima a la institución familiar. Sin embargo, no es menos cierto que la naturaleza de los lazos entre los miembros de la familia varía de forma dramática de unos países a otros. Por este motivo, los científicos sociales hablan de familias cuyos lazos familiares son fuertes (o “familias fuertes”) y familias cuyos lazos familiares son débiles (o “familias débiles”) (Alesina y Giuliano, 2013, 2010)⁴. En las sociedades donde predominan las familias fuertes, la producción de bienes desarrollada en el interior de los hogares es importante y las tasas de participación en el mercado laboral de mujeres, jóvenes y ancianos, así como la movilidad geográfica, son más bajas que en las sociedades de familias débiles. Las sociedades de familias fuertes priorizan el grupo frente al individuo y la autoridad jerarquizada frente a una libertad individual, mientras que en las sociedades de familias débiles se ensalzan valores como la autonomía individual y la igualdad entre los individuos.

En el contexto geográfico y cultural de España, Europa occidental, el sistema familiar fuerte caracteriza a los países mediterráneos, mientras que el sistema familiar débil es común entre los países noroccidentales (Reher, 1998)⁵. De acuerdo con este autor, esta distinción tiene unas profundas raíces históricas y culturales y puede rastrearse analizando cómo han solventado las familias el cuidado de sus miembros, es decir, cómo se resuelve la solidaridad intergeneracional, una de las funciones familiares más importantes. Para realizar este análisis se emplean indicadores socio-demográficos que son comparables a través del tiempo y del espacio geográfico, en concreto, indicadores sobre la transición hacia la vida adulta o emancipación de los jóvenes y, sobre el cuidado y la atención de los ancianos.

Con respecto al primer indicador, la emancipación de los jóvenes, el tipo familiar débil se caracteriza por una emancipación temprana y tiene como objetivo la independencia económica con respecto a la familia de origen. Para ello se comparte la vivienda con otras personas en situación semejante y se encadenan trabajos, a menudo precarios o temporales. El establecimiento de relaciones de pareja estable y/o un hogar propio no tiene lugar hasta, habitualmente, años más tarde.

El tipo familiar fuerte, por su lado, se caracteriza por una emancipación tardía. Los jóvenes no se marchan definitivamente del hogar paterno hasta que no cuentan con un trabajo estable y, frecuentemente, este momento coincide con su propio matrimonio o formación de pareja y el acceso a una vivienda propia. Los trabajos que hayan tenido hasta ese momento les sirven para ahorrar con vistas a su emancipación; los estudios universitarios, cuando han tenido lugar fuera del lugar de residencia

³ En cada caso se ha seleccionado la muestra más actual existente.

⁴ El texto de Alesina y Giuliano resume distintos esfuerzos clasificatorios de sistemas familiares y muestra su distribución a nivel mundial. Es interesante señalar que, se empleen indicadores de tipo socio-demográfico (como la emancipación más o menos tardía de los jóvenes) o basados en percepciones (a partir de encuestas sobre valores) dependiendo del área de especialidad del investigador, la distribución geográfica de los sistemas familiares coincide.

⁵ En realidad, aunque de acuerdo con el trabajo de Reher las diferencias en los patrones de solidaridad intergeneracional tienden a describirse de acuerdo con un gradiente norte-sur, conviene recordar que se trata de una simplificación de la realidad que mantenemos en el texto con afán de ganar en claridad. En cada país es posible encontrar, en proporciones variables, presencia de distintos tipos familiares y diferentes formas de desarrollar la solidaridad (Dykstra y Fokkema, 2010).

de la familia de origen, han sido ocasión para disfrutar de una independencia funcional que, solo excepcionalmente, ha sido también económica.

Con respecto al segundo indicador, el cuidado y la atención de los ancianos, antes del desarrollo de los sistemas modernos de pensiones la familia era la principal valedora de bienestar. Sin embargo, históricamente el papel de la familia era mucho más importante en las sociedades de tipo familiar fuerte que en las sociedades de tipo familiar débil. En las sociedades de tipo familiar fuerte el anciano vivía con alguno de sus hijos —o con varios, de forma estacional— o cerca de ellos, mientras que en las sociedades de tipo familiar débil era la comunidad como colectivo, y no la descendencia, la que aseguraba el cuidado a los ancianos desfavorecidos o a aquellos que ya no podían valerse por sí mismos. Muy frecuentemente los hijos no residían en el mismo lugar o cerca de él.

Implicaciones del sistema familiar dominante

Las implicaciones sociales y económicas del sistema familiar dominante en un país son abundantes. Por ejemplo, explican el desarrollo temprano o tardío de las políticas sociales dependiendo del papel que socialmente se atribuyera a las familias (Reher, 1998), el tipo de sistema de bienestar (Esping-Andersen, 1999; Alesina y Giuliano, 2010) o incluso el tipo de sistema de pensiones elegido por el país (Coleman, 1988, 1990; Galasso y Profeta, 2012).

En las sociedades de familia débil el componente civil es acusado y las respuestas a las necesidades vitales son proporcionadas principalmente por el estado o el mercado. De hecho, las personas prefieren que su bienestar dependa de la acción pública en vez del entorno familiar (Lucifora y Meurs, 2012). En estos países la iniciativa individual es importante y el desarrollo de los sistemas de protección social fue temprano. En los países anglosajones, por ejemplo, los individuos con recursos económicos recurren al mercado y el estado atiende, con un enfoque de asistencia social, a los que no tienen recursos económicos. En este modelo liberal la familia tiene un papel marginal. Otra variante son los países escandinavos, o modelo social-demócrata, en el que el estado es el principal proveedor de bienestar, por encima del mercado o de la familia, por cuanto se considera que los individuos acceden a los recursos públicos por ser ciudadanos, independientemente de su participación en el mercado de trabajo (Gauthier, 1996).

Por otro lado, en las sociedades de familia fuerte se confía en la solidaridad de la propia familia como proveedora de bienes y servicios. El modelo conservador —del que Alemania es un buen ejemplo— se caracteriza porque la familia tiene un papel central como proveedora de bienestar, mientras que el estado interviene de forma subsidiaria y el mercado tiene un papel marginal. En los países mediterráneos, una variante de estas sociedades, el protagonismo de la familia es aún más destacado. Aquí los sistemas de protección social se desarrollaron más tarde y, la acción de los estados se caracteriza por presentar unas coberturas muy diferenciadas (Flaquer, 2000). La cohesión social es importante, hasta tal punto que, según Esping Andersen (1999), los riesgos sociales están interiorizados en las familias y se afrontan trasvasando recursos de una generación a otra.

3. Transformaciones recientes de las formas familiares

Los procesos de modernización de las sociedades contemporáneas abarcan todos los campos de la acción humana y están intrínsecamente relacionados entre sí. Fenómenos como el éxodo rural y el importante crecimiento de las ciudades y las áreas metropolitanas; el paso de una sociedad industrial a una postindustrial y de servicios; la incorporación creciente de la mujer al mercado laboral; el acceso generalizado a bienes de consumo; los cambios de mentalidad, traducidos tanto en aspectos fenomenológicos —ropa, música, diversiones— como ideológicos y culturales de definición de nuevos valores y planteamientos sociales y comunitarios —secularización, relajación de la autoridad paterna-masculina, etc. —..., forman parte de esos procesos.

Desde el punto de vista demográfico, el proceso de modernización implicó la evolución desde niveles altos de natalidad y mortalidad hasta niveles bajos, lo que se ha denominado “Primera Tran-

sición Demográfica”⁶. En la actualidad, las sociedades desarrolladas se caracterizan por ser longevas —una gran mayoría de personas llegan a edades avanzadas— y presentar unos niveles de fecundidad muy bajos —nacen muy pocos niños por cada mujer en edad de tenerlos—. Esto tiene como resultado países envejecidos, con un volumen y un porcentaje elevado de personas maduras, ancianas y muy ancianas (80 y más años) y, sobre todo, con unas perspectivas claras de aumento de las mismas.

Por otro lado, a partir de la década de 1960 también se están produciendo una serie de cambios que afectan de raíz a la formación y disolución de las familias. Estos cambios, que por analogía con la Primera reciben el nombre de “Segunda Transición Demográfica”, incluyen en el plano de la conyugalidad fenómenos como el declive de las nupcias, el incremento de las rupturas matrimoniales, de la cohabitación y de otras uniones maritales, la difusión de familias reconstituidas, el aumento de familias monoparentales, etc. En el plano de la descendencia, el incremento de los niños nacidos fuera del matrimonio y de la infecundidad definitiva, la disminución de familias numerosas —en presencia social y en el número de hijos que tienen—, etc., por citar solo algunas realidades que ilustran el dato demográfico de una fecundidad situada en unos niveles bajísimos (van de Kaa, 1987; Lesthaeghe, 1995, 2010)⁷.

Todos estos cambios, causados por nuevas motivaciones a la hora de formar familia y por nuevas normas sociales —que habrían pasado de altruistas a individualistas— (van de Kaa, 2001; Lesthaeghe, 2014), han producido una desinstitucionalización del matrimonio y la familia (Roussel, 1989; Cherlin, 2004). Esto ha ocurrido especialmente en las culturas occidentales de raíz cristiana y, parecería que augura la desaparición de las diferencias históricas en las formas familiares europeas a las que se ha hecho referencia. De hecho, cuando Roussel (1992) analiza la Segunda Transición Demográfica, su hipótesis de fondo es que se va a producir la convergencia de todos los países europeos en un único sistema familiar. Y este tipo, de acuerdo con los parámetros señalados anteriormente, es el débil, en el que la cohesión social es baja.

Pero, ¿se están atenuando los perfiles de los sistemas familiares en Europa? Aunque fenómenos asociados a la Segunda Transición Demográfica o el despliegue en el mercado laboral de las mujeres sean factores compartidos, no está claro que vayan a desaparecer las particularidades regionales. El motivo es que, aunque los nuevos fenómenos sean comunes, el sustrato “estructural” de cada lugar —cultural, histórico, ideológico, geográfico, etc.— hará que el resultado social será distinto (Gauthier, 1996; Reher, 1998; Wolf y Ballal, 2006). La cuestión se podría plantear de otra forma: ¿Puede un país caracterizado por una cohesión social alta —como los mediterráneos— desembocar en una cohesión social baja? ¿Están cambiando los patrones de solidaridad intergeneracional debido a la difusión de estos fenómenos sociales?

4. Solidaridad intergeneracional en Europa

Responderemos a estas preguntas mostrando cómo se desarrolla la solidaridad intergeneracional en la actualidad. Los estudios señalan varias dimensiones en la solidaridad intergeneracional: las normas sociales que establecen las circunstancias y características de las ayudas, la co-residencia y/o la proximidad geográfica, el contacto frecuente, y el intercambio de apoyo (Dykstra y Fokkema, 2010; Brandt, 2013).

El sentido del deber familiar

La European Values Study proporciona algunas pistas sobre el sentido del deber y el intercambio de apoyo de los entrevistados de acuerdo con su país de procedencia. El porcentaje de personas que considera que su responsabilidad es asegurar el bienestar de sus hijos, incluso a costa del

⁶ Se trata del corpus teórico más importante en demografía, inspirador de numerosísimas investigaciones (vid. Casterline, 2003).

⁷ Podríamos extendernos sobre las implicaciones de estos cambios como el incremento del número de personas que viven solas, la disminución significativa del tamaño de los hogares, etc.

suyo propio, es muy elevado (Tabla 2). Sin embargo, las cifras descienden claramente cuando se pregunta por el grado de responsabilidad con respecto a los padres ya ancianos (Tabla 3).

Tabla 2.
El bienestar de los hijos es responsabilidad de los padres
“incluso a costa del suyo propio” (‘si’ versus ‘no’)

Alemania	Francia	España	Italia	Suecia	Gran Bretaña
64%	80%	85%	82%	88%	81%

Fuente: EVS (2016): European Values Study 2008

Tabla 3.
Responsabilidad de los adultos respecto al bienestar de sus padres

	Alemania	Francia	España	Italia	Suecia	Gran Bretaña
Obligación de proveer cuidados de larga duración (‘si’ vs ‘no’)	39%	54%	68%	67%	27%	36%
Obligación de atender a un progenitor enfermo (*media)	2,27	1,61	1,51	1,70	3,28	2,89

Nota*: El rango de respuestas posibles va desde ‘1’ (que significa que se está completamente de acuerdo con la frase) hasta ‘5’ (se está totalmente en desacuerdo).

Fuente: EVS (2016): European Values Study 2008

Existen diferencias entre unos países y otros en la intensidad del sentido de deber familiar y, en la direccionalidad de este sentido, marcadamente orientada hacia las nuevas generaciones. En este sentido, destaca el hecho de que las personas de países de sistema familiar fuerte –España, Italia– consideran en mucha mayor medida que las de los de sistema familiar débil que es responsabilidad suya atender a los padres que necesitan cuidados de larga duración; y también se está más de acuerdo con la idea de que sea un deber filial atender a un progenitor enfermo. En los países con una cultura más familista los progenitores ancianos reciben más atención de sus hijos que en los países con una cultura menos familista, especialmente en situaciones donde aumenta la vulnerabilidad de los ancianos ante una enfermedad, quedarse viudos, etc. (Suanet, van Groenou y van Tilburg, 2012).

Abundando en el caso de España, encuestas recientes como “Opiniones y actitudes sobre la familia” (Centro de Investigaciones Sociológicas, 2014) y estudios como “La familia, recurso de la sociedad” (Montoro, coord., 2013) confirman el elevado acuerdo existente entre los ciudadanos en considerar que la familia —entendiendo como tal los hijos/as, los hermanos/as, etc.— es quien debe hacerse cargo de las necesidades de atención a las personas mayores. En palabras de Meil (2011), los españoles se muestran marcadamente familistas en comparación con otros países de nuestro entorno, y la reciente crisis económica ha tenido como consecuencia el reforzamiento de las normas de solidaridad familiar. Muy probablemente, señala este autor, esto refleja la desconfianza de los españoles con respecto a que el mercado y el estado de bienestar puedan proporcionar la ayuda que se necesita.

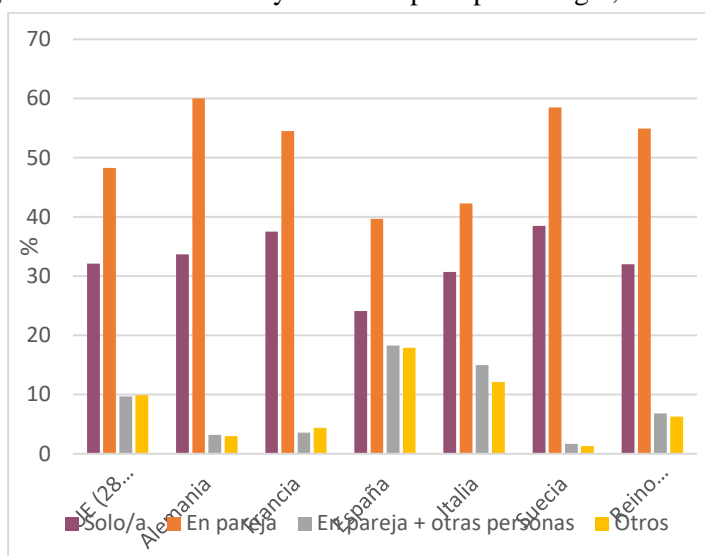
La co-residencia y la proximidad residencial entre los miembros de la familia

Un rasgo muy característico de los países mediterráneos es que existe una elevada proporción de hogares en los que las generaciones mayores conviven con hijos adultos, no menos del 40% en Grecia y, del 50% en Italia y España. En los países del centro y norte de Europa, estos porcentajes

son muy inferiores, oscilando entre un 27% en Suiza y un 14% en Dinamarca (Fokkema, Bekke y Dykstra, 2008: 12).

Otra forma de aproximarnos al tema es centrar nuestra atención en el tipo de hogar en el que viven las personas de 65 y más años (Figura 1). Con datos de 2015 se puede apreciar cómo en los países mediterráneos estas personas viven en compañía, ya sea en pareja, en pareja y alguna otra persona, o con alguna otra persona (familiar o no) en un porcentaje claramente superior al resto de Europa. En España, en uno de cada tres hogares reside una persona mayor que, mayoritariamente, cohabita con sus hijos o incluso con sus hijos y nietos. Este dato expresa con claridad la fortaleza del sistema familiar y la estrecha relación entre las personas mayores y sus familias (Abellán, Puga y Pujol, 2015: 71).

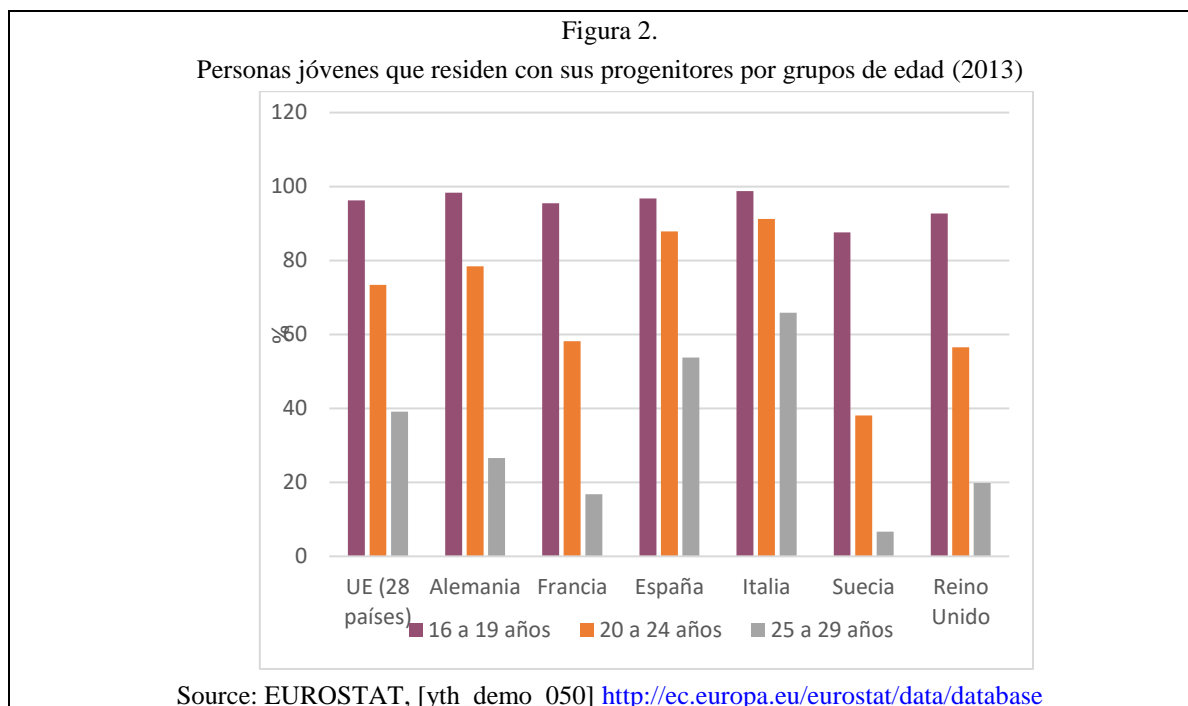
Figura 1. Población de 65 y más años por tipo de hogar, 2015



Fuente: EUROSTAT, EU-SILC survey [ilc_lvps30] <http://ec.europa.eu/eurostat/data/database>

En unos casos, esta convivencia se debe a que la pauta histórica de una tardía emancipación en los países mediterráneos se mantiene, estable, hasta el presente, tanto si nos fijamos en la edad media de emancipación⁸ como en la presencia de adultos jóvenes en los hogares familiares (Figura 2). El objetivo puede ser que la emancipación no implique una reducción del nivel de vida o, simplemente, como forma de asegurar la subsistencia en un país con altas tasas de paro juvenil y empleos precarios. Por otro lado, también encontramos hogares en los que los padres viven con uno de sus hijos (casado o no) cuando necesitan atención, al llegar a edades más avanzadas (Tomassini et al., 2004a, 2004b). El alto precio de la vivienda, el apoyo financiero limitado por parte del estado y la escasa provisión de servicios públicos se encuentran entre los motivos para esta convivencia, que además está respaldada por los valores sociales existentes.

⁸ Entre 2008 y 2016 la edad de emancipación más alta de Europa la encontramos en España (28-29 años) e Italia (30 años), en claro contraste con los 23-24 años en países como Alemania, Francia o el Reino Unido, y a gran distancia de los 20-21 años en Suecia.



Además, cuando se produce la emancipación, las generaciones jóvenes españolas tienden a vivir cerca de sus padres en una proporción claramente superior a las de los países de nuestro entorno. De acuerdo con Meil (2011), un 69% de los hijos emancipados vive a menos de 5 km de distancia de la casa de sus padres, mientras que en los países escandinavos y en Francia el porcentaje se sitúa alrededor del 40%.

La frecuencia de contacto

Como ocurre con la proximidad geográfica entre los miembros de la familia, mantener un contacto regular es necesario para que se produzca un intercambio de apoyo. Cuanto más frecuente sea el contacto, más apoyo se proporciona –como forma de relación social-, más fácil es hacerlo e identificar el tipo de apoyo que se necesita.

Los resultados de distintos estudios reflejan que los países mediterráneos presentan una frecuencia elevada de contactos entre los miembros de la familia, por encima de lo que ocurre en otros países europeos. Más de dos tercios de las personas mayores de 50 años tienen contacto diario con sus hijos no co-residentes, frente a porcentajes de entre el 28% en Suiza y el 43% en Bélgica o Austria. Si analizamos la frecuencia de contactos en clave semanal, las diferencias entre los países se atenúan, y el contacto aumenta en importancia: más de un 85% de los padres tienen contacto semanal con, al menos, uno de sus hijos (Fokkema, Bekke y Dykstra, 2008: 20). Otro estudio encontró que el 87% de los padres españoles ve semanalmente a sus hijos emancipados, comparado con el 73% en Europa; además, la frecuencia de contacto entre las generaciones no ha disminuido en las últimas décadas, ni en España ni en el resto de países europeos (Meil, 2011: 49-50).

El intercambio de ayudas entre las generaciones

Una idea muy extendida en la literatura es que la expansión del estado de bienestar tiene como consecuencia la disminución del papel de la familia como primera responsable del cuidado, económico y en servicios, de sus miembros. Sin embargo, los estudios empíricos muestran más bien que el apoyo del estado de bienestar no anula, sino que es complementario al apoyo familiar (Daatland y Lowenstein, 2005; Igel et al., 2009; Brandt, 2013; Suanet et al., 2012). Además, las relaciones de apoyo funcionan en los dos sentidos: la generación mayor ayuda y es ayudada, y lo mismo sucede

con la generación de los hijos. Lo que varía es el tipo de ayuda que se da y se recibe, y la relación de las ayudas con la edad de los que dan y reciben.

Empezando con la ayuda que la generación mayor proporciona a sus hijos, un capítulo de gran importancia se refiere al cuidado y guarda de los nietos menores de edad. Un 59% de los abuelos europeos con, al menos, un nieto menor de 13 años cuida de él (ellos) de forma regular u ocasional. Lo sorprendente es que los porcentajes son todavía más altos en los países nórdicos o en Francia, países donde la provisión de servicios de atención a la infancia es manifiestamente mejor que en otros países europeos (Fokkema, Bekke y Dykstra, 2008: 63). La explicación se encuentra en que la frecuencia de estos cuidados es más reducida que en los países europeos mediterráneos, y se circunscribe a situaciones de enfermedad de los niños o de extensión del horario laboral de los padres. Por el contrario, más de un 40% de los abuelos griegos y españoles y, más de un 50% de los italianos cuida semanalmente de sus nietos; y, alrededor de un 25% lo hace diariamente (Albertini et al., 2007; Aassve et al., 2012). Los países mediterráneos tienen, en términos europeos, una oferta escasa y costosa de servicios de cuidado para los niños.

La situación en España, donde los hombres y la mayoría de las mujeres en edad reproductiva trabajan (o están buscando trabajo), habitualmente en empleos a tiempo completo, más una provisión de recursos públicos relativamente baja, explica el papel clave de los abuelos como recurso de apoyo a las familias en crecimiento. En una encuesta reciente los abuelos eran citados como los principales cuidadores de niños de menos de tres años, solo por detrás de los propios progenitores, y claramente por encima de los recursos ofrecidos por el mercado o terceras personas del entorno (CIS, 2014). El tiempo que los abuelos dedican al cuidado de los nietos es, en España, un elemento clave facilitador de la ocupación laboral femenina de las generaciones intermedias (Tobío et al., 2010: 119).

Otro gran capítulo de solidaridad entre las generaciones es el de ayuda y atención de los hijos hacia sus padres. El número de abuelos que recibe ayuda en cuidados personales, en el hogar (16%) o para solventar cuestiones administrativas (11%) por parte de sus hijos es importante en toda Europa, especialmente en los países noroccidentales y centrales, aunque los países mediterráneos destacan porque este tipo de apoyo es frecuente y regular. Además, la frecuencia de este tipo de ayuda aumenta en todos los países conforme mayores se hacen los progenitores⁹.

Conforme aumenta la edad, los abuelos proporcionan gradualmente menos y necesitan más ayuda. La prolongación de la esperanza de vida significa que las personas viven más años, pero durante una parte de ellos pueden tener algún tipo de discapacidad. A partir de los 80 años la probabilidad de necesitar atención y cuidados aumenta sensiblemente, ya que empeora la situación física, psicológica o social hasta llegar a la dependencia (Eurostat, 2015; IMSERSO, 2014). El envejecimiento de las sociedades occidentales, en las que el volumen de personas por encima de los 80 años está aumentando sensiblemente, implica lógicamente un aumento paralelo del volumen de personas que requerirá cuidados de larga duración.

Sin embargo, los sistemas de protección social europeos han desarrollado de forma muy variada los cuidados de larga duración. La importancia que en cada país tienen los cuidados formales e informales es muy diferente. Por ejemplo, en los países escandinavos, Países Bajos o Bélgica el volumen de población que recibe cuidados formales es importante, sea o no en combinación con cuidados informales. En España, Grecia o Italia, por el contrario, el volumen de personas mayores que reciben cuidados informales es significativamente superior al de aquellos que reciben cuidados formales (Suanet et al., 2012). Se ha señalado, también, que sólo en algunos casos existe una cobertura significativa de servicios formales asequibles e incluso en aquellos donde mejor es la situación, no se llega a responder a la demanda planteada (European Commission, 2013). En cualquier caso, en todos los estados europeos el papel de la familia en la provisión informal de cuidados de larga duración es muy relevante. El porcentaje de ancianos atendidos principalmente por “solo cuidadores familiares” oscila entre un 23-25% en Países Bajos o Francia a un 71-74% en Alemania, Italia o España (Bettio y Verashchagina, 2012).

⁹ Por el contrario, cuando de ayuda financiera se trata, son los hijos quienes reciben el apoyo de la generación de sus padres. El porcentaje de abuelos que da dinero a sus hijos oscila entre un 25% en los países más ricos del norte de Europa a un 15% en el caso de los países mediterráneos (Fokkema, Bekke y Dykstra, 2008: 46 y sig.).

Centrándonos en el caso español, el sistema es menos generoso que en otros países europeos en la financiación de la protección social. Además, se apoya en la generosidad de las familias, creando así un problema de inequidad. Quien tiene hijos —en el sentido no solo literal sino también de cercanía al hogar propio— dispone de una red de seguridad de la que carecen los mayores solitarios. Estas situaciones de dependencia son, en términos sociales y de asistencia, las que resultan alarmantes y visibles. Sin embargo, las situaciones de dependencia más grave, y las que se traducen en una mayor carga de cuidados, son también las más invisibles desde el ámbito de la atención social pública, porque mayoritariamente se encuentran en hogares multigeneracionales (Abellán et al., 2015: 71 y sig.). A pesar del declive paulatino del número de hogares en los que se produce la convivencia de hijos adultos con sus progenitores, la forma más extendida de cuidar a los “muy mayores” es convivir con ellos en el mismo hogar: un 48% de los españoles mayores de 84 años vive con algún hijo (Meil, 2011: 39).

Además, los cuidados de larga duración están muy marcados desde el punto de vista de género, tanto por quien recibe cuidados como por quien los proporciona. Las mujeres ancianas tienen una esperanza de vida mayor y un patrón de morbilidad diferente a los hombres ancianos, por lo que la mayoría de las personas que reciben cuidados de larga duración son mujeres; y, por otro lado, la mayor parte de las personas que se dedica a prestar servicios de cuidado —tanto formales como informales— son mujeres (Huber et al., 2009; IMSERSO, 2014). En los países de la Unión Europea las mujeres tienen una probabilidad 1,6 veces más alta que los hombres de ser cuidadoras; aún más, la participación femenina en los cuidados a personas dependientes es especialmente elevada en el grupo de mujeres de entre 50 y 64 años (Who cares?, 2014).

6. Algunas ideas a modo de conclusión

La familia es la institución más valorada por personas de todo el mundo. Y esto es así porque, en cada contexto cultural, es ahí donde las personas crecen y aprenden a relacionarse unas con otras, y en familia es donde viven en máxima confianza y se saben reconocidas por ser quienes son.

Sin embargo, no es menos cierto que existe una gran diversidad cultural en la manera en la que las familias entienden y practican una de las funciones más importantes que desarrollan, la de cuidar y velar por sus miembros. Como hemos visto en este análisis centrado en los países europeos occidentales, históricamente se puede distinguir entre sistema familiar débil y sistema familiar fuerte. En el primer caso, la familia es soporte *complementario* de los individuos; en el segundo, la familia es el soporte *principal* de los individuos en sus peripecias vitales.

Los procesos de modernización de las sociedades podrían haber erosionado las diferencias entre estos dos sistemas, pero no ha sido así; las pautas de emancipación y de implicación intergeneracional características de cada sistema se siguen observando en nuestros días. En otras palabras, el modelo mediterráneo de convivencia, solidaridad y relaciones entre generaciones, caracterizado por estrechos lazos, se mantiene con fuerza en España.

La familia actúa en España como un auténtico “Ministerio de Asuntos Sociales”. En situaciones recientes, como la crisis económica aún presente en la vida de tantas personas, la familia ha actuado como una red de salvamento para muchas personas en situaciones de desempleo y de pérdida de la vivienda, como un auténtico factor de resistencia y resiliencia social y económica. Es, también, fuente de apoyo para los padres jóvenes en un país que, por su cultura laboral y de horarios, tiene un reto pendiente en la conciliación; y, para los padres ya mayores, en situación de creciente vulnerabilidad y dependencia por el paso del tiempo. En este país, con un sistema de bienestar público que provee de (relativamente) poco sostén, las necesidades vitales se compensan, al menos en gran parte, con el apoyo de una red familiar cohesiva.

Sin embargo, las nuevas realidades demográficas van a suponer un gran reto para esta forma de funcionar. El proceso imparable de envejecimiento va a requerir el desarrollo de alternativas al sistema mediterráneo, familista, de cuidado de la vejez. En las próximas décadas el aumento del número de personas mayores por su longevidad hace prever un incremento del gasto público en salud y cuidados de larga duración. También es esperable que disminuya la disponibilidad de efectivos familiares que puedan hacerse cargo, como hasta ahora, de los cuidados informales de las personas

mayores. Las generaciones actuales están volcadas en el mercado laboral —y probablemente lo estarán durante más tiempo— lo que puede impedir que devuelvan con la misma intensidad que las generaciones previas la atención en forma de cuidados a las generaciones de sus padres. Y, segundo, porque cuando estas generaciones se jubilen —a partir de 2024—, implicaran una mayor presión sobre las generaciones en edad laboral, sensiblemente más vacías.

Incluso en países como España, en los que tradicionalmente la acción del Estado ha sido poco importante o segmentada porque se confiaba en la solución familiar, las nuevas realidades demográficas van a empujar a que tenga un mayor protagonismo. Pero, también, van a requerir de la acción de otros agentes sociales —la Empresa, el Tercer Sector— para introducir cambios necesarios en el modelo de participación en la fuerza del trabajo y de jubilación y, en el desarrollo de medidas de conciliación laboral, personal y familiar. Con todo ello se estará más cerca de asegurar el bienestar de las personas y de lo que más valoran: la familia.

Bibliografía

- Abellán García, A., Puga González, M.D. y Pujol Rodríguez, R., 2015, “Las personas mayores y el desafío intergeneracional” en *Informe España 2015*, Madrid, Fundación Encuentro, 57-88.
- Albertini, M., Kohli, M. y Vogel, C., 2007, “Intergenerational Transfers of Time and Money in European Families: Common Patterns – Different Regimes?”, *Journal of European Social Policy*, 17(4), 319-334.
- Alesina, A. y Giuliano, P. J., 2010, “The Power of the Family”, *Journal of Economic Growth*, 15(2), 93-125. doi:10.1007/s10887-010-9052-z
- Alesina, A. y Giuliano, P., 2013, “Family Ties”, NBER Working Paper No. 18966. Disponible en: <http://www.nber.org/papers/w18966.pdf>
- Aassve, A., Meroni, E. y Pronzato, C., 2012, “Grandparenting and Childbearing in the Extended Family”, *European Journal of Population*, 28, 499-518. doi 10.1007/s10680-012-9273-2
- Bettio, F. y Verashchagina, A., 2012, *Long-Term Care for the elderly. Provisions and providers in 33 European countries*, Luxembourg, Publications Office of the European Union.
- Brandt, M., 2013, “Intergenerational Help and Public Assistance in Europe. A case of specialization?”, *Journal European Societies*, 15(1), 26-56. doi.org/10.1080/14616696.2012.726733
- Casterline, J.B., 2003, “Demographic Transition”, en P. Demeny y G. McNicoll (eds.), *Encyclopedia of Population*, New York, Thomson & Gale, Vol. 1, 210-216.
- Coleman, J.S., 1988, “Social capital in the creation of human capital”, *American Journal of Sociology* (XCIV), S95-S120.
- Coleman, J.S., 1990, *Foundations of social theory*, Cambridge, Massachusetts, and London, England. Harvard University Press.
- Cherlin, A.J., 2004, “The deinstitutionalization of American marriage”, *Journal of Marriage and Family*, 66, 848-861.
- Daatland, S.O. y Lowenstein, A., 2005, “Intergenerational solidarity and the family-welfare state balance”, *European Journal of Ageing*, 2 (3), 174-82. doi: 10.1007/s10433-005-0001-1
- Dykstra, P.A. y Fokkema, T., 2010, “Relationships between parents and their adult children: a West European typology of late-life families”, *Ageing & Society*, 31(4), 545-569. doi:10.1017/S0144686X10001108
- Esping-Andersen, G., 1999, *Social foundations of post-industrial economies*, Oxford, Oxford University Press.
- European Commission, 2013, *Long-term care in ageing societies - Challenges and policy options*. Social investment package. Commission staff working document. SWD (2013) 41 final, 20 February 2013. [EU Commission - SEC Document]
- Eurostat, 2015, *Statistics explained. People in the EU – statistics on an ageing society*. Disponible en: http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/People_in_the_EU–statistics_on_an_ageing_society
- Flaquer, L.L., 2000, *Las políticas familiares en una perspectiva comparada*, Colección Estudios Sociales Núm.3, Barcelona, Fundación La Caixa.
- Fokkema, T., Bekke, S. y Dykstra, P.A., 2008, *Solidarity between parents and their adult children in Europe*, Amsterdam, Netherlands Interdisciplinary Demographic Institute (NIDI), Report no. 76.

- Galasso, V. y Profeta, P., 2012, *When the State Mirrors the Family: The Design of Pension Systems*, Economics Working Paper from Condorcet Center for political Economy at CREM-CNRS, Condorcet Center for political Economy. Disponible en: <https://crem-doc.univ-rennes1.fr/wp/2012/2012-04-ccr.pdf>
- Gauthier, A.H., 1996, *The State and the Family: a comparative analysis of family policies in industrialized countries*, Oxford, Clarendon Press.
- Huber, M., Rodrigues, R., Hoffmann, F., Gasior, K. y Marin, B., 2009, *Facts and Figures on Long-Term Care. Europe and North America*, European Centre for social welfare policy and research.
- Igel, C., Brandt, M., Haberkern, K. y Szydlik, M., 2009, "Specialization between Family and State – Intergenerational Time Transfers in Western Europe", *Journal of Comparative Family Studies*, 40(2), 203-226.
- Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO), 2014, *Informe 2012. Las personas mayores en España*, Madrid, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- Lesthaeghe, R., 1995, "The second demographic transition in Western countries: an interpretation" en Mason, K.O. y Jensen, A.M. (eds.), *Gender and family change in industrialized countries*, Oxford, Clarendon Press, 17-62.
- Lesthaeghe, R., 2010, "The Unfolding Story of the Second Demographic Transition", *Population and Development Review*, 36, 211-51.
- Lesthaeghe, R., 2014, "The second demographic transition: A concise overview of its development", Proceedings of the National Academy of Sciences. Dec 23; 111(51), 18112-5. doi: 10.1073/pnas.1420441111
- López, D. y Ordóñez, M.E., 2013, "La vida en familia" en Montoro, C. (coord.), *La familia, recurso de la sociedad*, Pamplona, Servicio de Publicaciones, Universidad de Navarra, 31-64. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10171/37171>
- Lucifora, C. y Meurs, D., 2012, *Family values, social needs and preferences for welfare*, Discussion Paper Series, Forschungsinstitut zur Zukunft der Arbeit, No. 6977. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10419/67242>
- Meil, G., 2011, *Individualización y solidaridad familiar*, Colección Estudios Sociales Núm.32, Barcelona, Fundación La Caixa.
- Montoro, C. (coord.), 2013, *La familia, recurso de la sociedad*, Pamplona, Servicio de Publicaciones, Universidad de Navarra. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10171/37171>.
- Pliego Carrasco, F., 2014, *Tipos de familia y bienestar de niños y adultos. El debate cultural del siglo XXI en 13 países democráticos*, México, Pontificio Instituto Juan Pablo II para la Familia (2ª ed.).
- Reher, D.S., 1998, "Family ties in western Europe: Persistent contrasts", *Population and Development Review*, 24 (2), 203-234.
- Roussel, L., 1989, *La famille incertaine*, Paris, Odile Jacob.
- Roussel, L., 1992, "La famille en Europe occidentale: divergences et convergences", *Population*, 47 (1), 133-152.
- Suanet, B., Broese van Groenou, M. y Van Tilburg, T., 2012, "Informal and formal home-care use among older adults in Europe: can cross-national differences be explained by societal context and composition?", *Ageing & Society*, 32, 491-515. doi:10.1017/S0144686X11000390
- Tobío, C., Agulló Tomás, M.S., Gómez, M.V. y Martín Palomo, M.T., 2010, *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*, Colección Estudios Sociales Núm. 28, Barcelona, Fundación La Caixa.
- Tomassini, C., Kalogirou, S., Grundy, E., Fokkema, T., Martikainen, P., Broese van Groenou, M. y Karisto, A., 2004a, "Contacts between elderly parents and their children in four European countries: current patterns and future prospects", *European Journal of Ageing*, 1 (1), 54-63.
- Tomassini, C., Glaser, K., Wolf, D., Broese van Groenou, M. y Grundy, E., 2004b, "Living arrangements among older people: an overview of trends in Europe and the USA", *Population Trends*, 115, 24-34.
- van de Kaa, D.J., 1987, *Europe's second demographic transition*, Washington, D.C: Population Reference Bureau.
- van de Kaa, D.J., 2001, "Postmodern Fertility Preferences: From Changing Value Orientation to New Behavior", *Population and Development Review*, 27, 290-331.
- Who Cares? Experiences and Possibilities to Reconcile Work and Care Responsibilities for Dependent Family Members, Final Report*, 2014, Report Submitted to ETUC by ICF Consulting Services with the support of the European Commission. Disponible en: https://www.etuc.org/sites/www.etuc.org/files/publication/files/ces-brochure_who_care_en-pour_bat.pdf
- Wolf, D.A. y Ballal, S.S., 2006, "Family Support for Older People in an Era of Demographic Change and Policy Constraints", *Ageing & Society*, 26 (5), 693-706.
- Yepes Stork, R., 1996, *Fundamentos de Antropología. Un ideal de la excelencia humana*, Pamplona, EUNSA.

Fuentes:

Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 2014, *Opiniones y actitudes sobre la familia (II)*, Estudio nº 3032, junio. Disponible en:

http://www.cis.es/cis/openem/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14092

EVS (2016): *European Values Study 2008: Integrated Dataset* (EVS 2008). GESIS Data Archive, Cologne. ZA4800 Data file Version 4.0.0, doi:10.4232/1.12458

WORLD VALUES SURVEY Wave 5 2005-2008 OFFICIAL AGGREGATE v.20140429. World Values Survey Association (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/ JDS, Madrid SPAIN.

WORLD VALUES SURVEY Wave 6 2010-2014 OFFICIAL AGGREGATE v.20150418. World Values Survey Association (www.worldvaluessurvey.org). Aggregate File Producer: Asep/ JDS, Madrid SPAIN.